

IVÁN ONIA VALERO

**DONDE EL AMOR
INVENTA SU INFINITO**



Macleín *y* Parker

Primera edición

Mayo de 2025

Del texto

© Iván Onia Valero, 2025

Del prólogo

© Álex Prada, 2025

De la cubierta: © Beatriz López Gallego, 2025

www.behance.net/beatrizlopezgallego

De esta edición

© Macleín y Parker, 2025

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Macleín y Parker

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-129077-4-2

Depósito Legal: SE-748-2025



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

PRÓLOGO



por *Álex Prada*

LA SERIEDAD DE UNA FIESTA DE DISFRACES

Francisco Umbral da para disfraz. Qué saludable paradoja. Pero es un hecho. La gravedad de su prosa, su portentosa altura literaria, su ternura lírica, siempre fueron, siempre son y lo mismo siempre serán, primas hermanas, o incluso siamesas, de las más coloristas y coloreadas frivolidades. Paco escribía un artículo pluscuamperfecto (bueno, dos) por la mañana y por la noche se bajaba de la dacha de Majadahonda a Pachá o al sarao de turno del palacio de Liria o similares. Umbral era capaz de llegar con absoluta lucidez a la víscera más inusual de Valle-Inclán o de Virginia Woolf pero también a la uña más retorcida de Pitita o de Fraga. El perfil de Umbral hace tiempo que es marca registrada: melena blanca y larga, gafas enormes de culo de botella, la bufanda, la chaqueta cruzada, el vaquero y las botas altas de cuero negro. Sin ir más lejos, no hace mucho Umbral se ha convertido, en otro giro más de su infinita leyenda, en personaje de cómic en la magistral biografía gráfica *La mentira por delante* de Lorenzo Montatore (no se la pierdan). Por todo esto, disfrazarse de Umbral es

tan fácil como tremendamente complejo. Muchos lo han hecho ya, con más o menos acierto. A unos les queda la cosa plana y con peluca barata que canta desde lejos su cutrez, como en esos muchos biopics recientes en los que se nos presenta a la estrella de rock hecha una caricatura mal maquillada que no para de soltar tópicos y giros manidos. Pero otros, los menos, se marcan un *I'm not there*, por poner un ejemplo palpable cuyo título además no puede ser más revelador, aquel tránsito de Todd Haynes por la vida del mismísimo Bob Dylan en forma de película sumamente creativa, sólida, a la vez independiente y apegada al personaje, todo un homenaje constructivo digno de una figura con mil caras, con todo un mundo infinito de matices. ¿Y se acuerdan de aquella fiesta a la que asisten Goldie Hawn y Woody Allen en *Todos dicen I love you* en la que los invitados iban vestidos de alguno de los hermanos Marx? A eso mismo nos referimos pero a la española, a ese modo nuevo, gozoso, por qué no decirlo, inteligente, de celebrar lo que nos emociona hasta el tuétano, lo que admiramos con el más limpio de los fervores. En este tremendo libro que ahora van a leer (ruego repasen las acepciones, todas, del adjetivo «tremendo» en el diccionario de la R.A.E para devolverle su contenido completo a esta palabra ya tan tristemente vaciada por tanto manoseo. Encontrarán «digno de respeto y reverencia», «dicho de un niño: muy travieso», «muy grande y excesivo en su línea», etc..), nuestro poeta Iván Onia se ha tirado con todo al homenaje, por qué no decirlo, al disfraz, a la suplantación más fina, más digna, pero a la vez más personal, que se pueda llevar a cabo de un gigante imposible de abarcar

como es Francisco Umbral. Su arrojo, su valentía, ya nos lo entrega Onia desde el título. ¿No habíamos caído antes en que Umbral no nos daba un verso sino dos en la cita que abría su *Mortal y rosa*? «...esta corporeidad mortal y rosa / donde el amor inventa su infinito...». El emocionante mensaje, para completarse, necesita los dos versos, así lo defendía Umbral y así lo principia también Onia para seguir el camino abierto por los versos de Salinas. Pero, ojo, qué camino más exigente. Es algo así como decirle «espera, Paco, que ahora sigo yo». Y es que ahí estaba el segundo verso para que alguien lo agarrara y siguiera.

Las genealogías. Las transmisiones. Este 2025, *Mortal y rosa* de Francisco Umbral cumple 50 años. Y aunque ese monumento literario habría que festejarlo a diario, la redondez de la efeméride la aprovechamos sin miramientos y nos ponemos a celebrar, a imitar, a disfrazarnos, a seguir andando aquel camino de la emoción que ya abrió el maestro entonces. Iván Onia, desde la más pura pasión, desde la autenticidad poética que le caracteriza (cuando escribe pero también cuando lee, cuando recita, cuando simplemente conversa sobre poesía, sobre literatura), nos muestra su mortalidad y su rosa, su amor y su infinito tan bien delimitados dentro de su cotidianidad, una cotidianidad esta que a lo largo de todo el texto no tiene miedo de nada ni de nadie. Porque Onia se deja ver en lo más alto pero también en lo menos glamuroso, nos muestra al hombre que es en todos sus atributos, jugando a la Play mientras llega a lo más profundo de Antonio Machado, muriendo de amor-odio por los que ganan los premios literarios que él nunca gana y dándonos todo el milagro completo de la

paternidad. Y todo este contenido tan atávico como radicalmente actual, tan universal como sumamente íntimo, nos lo entrega con un manejo brillante del lenguaje, con un pulso ganado al legado de tanta poesía que atesora dentro Onia, destilado y hecho a su mano, consiguiendo en muchos momentos construcciones líricas a la altura de lo que la dura exigencia de este libro se ha marcado: estar lo más cerca posible de *Mortal y rosa* y a la vez ser otra piedra distinta que siga construyendo el armazón de la prosa poética. Con esta cercanía que nombramos, ya se sabe, uno siempre corre el riesgo de quemarse. Onia se pasea con parsimonia por esos alrededores, lo hace con la cabeza bien alta, lo hace con la mezcla perfecta de respeto y altanería que le permiten permanecer vivo de principio a fin.

El sintagma nominal, ese átomo esencial de todo este intento de extrañeza del lenguaje. El sustantivo y sus complementos hallando siempre nuevas redes por las que unirse. En este libro, Onia está más en forma que nunca, se encuentra, viniendo de tanta y tan buena poesía, con un río de prosa en el que nada con total soltura, «oscuridad roja», «olor a billetes», «ley gitana del eterno retorno», «un oro de ajos»... El torrente de vida que nos da en cada párrafo hilvana de manera perfecta esos dos componentes tan difíciles de equilibrar: el contenido y la forma, algo muy de agradecer en estos tiempos en los que los libros que copan los escaparates y los suplementos dominicales de nuestra literatura han prescindido, por lo general, de una exigencia lingüística propia de cualquier publicación literaria. Por ejemplo, otorgar elementos sumamente emocionales

a un polígono cuando dice «los polígonos industriales con su polifonía de fraguas, alcayatas y tornillos de garrote, lavadoras, cilindros, bollos de crema, cauchos y plásticos mezclados con la sangre y las plumas del matadero de aves, altos hornos donde se puede escuchar a la levadura pariendo panes. Toda esta música que emiten las cosas al hacerse». Qué ancestral, qué siglo veintiuno. Esta cintura de Onia para que todo cuadre, para que no chirrién los anacronismos, los audaces préstamos semánticos, las acrobacias más peligrosas dentro de cada texto, es envidiable, nos lleva a una señora meando en el mar a la altura de un Caspar David Friedrich y con eso nos vuelca el corazón y encuentra exactamente lo que queríamos decir pero no nos salía frente a ese atardecer en el mar de Chipiona. Todo este conglomerado de sentidos y sentimientos, todo este aparente desorden en el que va avanzando el libro, está perfectamente justificado por la cadencia de los hallazgos literarios y vitales que Onia nos va entregando cada vez que doblamos una esquina del texto. En ningún momento nos sentimos desorientados, logro de doble valía para aquel que, como Onia, viene del efectismo y la concreción de la poesía y tiene que ponerse a encontrar una estructura válida para el texto en prosa (aunque ni aquí puede Onia reprimirse y en algún momento del libro nos vuelve a dar, ¡gracias!, un poco más de su verso, acercándose una vez más al formato de esos libros / almanaque tan poliédricos que Umbral nos dejó, tales como *Mis paraísos artificiales* o el propio *Mortal y rosa*).

Otro de los grandes logros de Onia en este libro tiene mucho que ver también con una de las habilidades más

perfeccionadas de la obra de Francisco Umbral: la teoría literaria. De literatura, Onia sabe mucho y todo ese saber suyo tiene la frescura de lo aprendido a golpes de amor, de la pasión más pura, se ha bebido con tanto gusto toda esa literatura que le rodea, grande, mediana y pequeña, todo ese arte en general, que, como al maestro Umbral, le corre por las arterias y las venas de una manera ya tan intrínseca que forma parte inherente de su organismo, de su forma de andar, de sentarse, de mirar y oír el mundo. «Al igual que Lorca o que García Márquez, no sé de quién es la frase, de ambos, entiendo, mía también, pues también la digo, la digo mucho, a cada momento, voy a tatuármela: *yo escribo para que me quieran*». Y hay una forma en todo esto de sentirse a gusto mientras leemos, de encontrarnos arropados por una vida tan ajena pero a la vez tan cercana todo el tiempo a la nuestra. Qué cota más alta que esta puede conseguir una obra de arte.

Umbral, Francisco, Paco, Umbrales, da para disfraz. Francisco, en el carné de identidad, ya se sabe, era Pérez y no Umbral. Disfraces y otros dandismos, otros modos de supervivencia, en definitiva. Nuestro Iván Onia, inmediatamente lo van a poder comprobar, para su disfraz, para su dandismo, para su supervivencia, para contarnos todo su amor por lo poético del mundo, no necesita ni la peluca ni la gafas de miope casi ciego ni engolar la voz hasta hacerla cavernosa. Porque con su propia voz, con sus propias manos, con todo el perfecto engranaje de su lírica y su cotidianidad, nos da un lugar, un tiempo en el que efectivamente el amor encuentra su infinito, en el que la literatura sigue su curso imparabile, ayudándonos a vivir.

«...Miro los almanaques por percatarme seriamente de que no estamos en 1975, escribo esta historieta para que un clavel me moje los zapatos cuando acabe mi función. Voy hasta donde está el niño, lo escucho respirar como una planta que sonrío, y vuelvo a la mesa igual que un cronista al que no le preocupa demasiado el truco en este momento. Sólo la siguiente palabra merece la pena, sólo la vida importa o lo que quiera que sea que signifique todo esto, ahora». Pues eso.

DONDE EL AMOR INVENTA SU INFINITO

]

Para Pincho y Francisco.
Para Marcos y Elena

La mujer ya nace portando en el interior todos los óvulos que va a producir a lo largo de su vida; de hecho, el mayor número de ellos los lleva dentro de sí mientras aún está en el útero de su propia madre. Un feto humano hembra de veinte semanas acumula alrededor de siete millones de óvulos. En el momento de nacer ese número se reduce a dos millones y, al comienzo de su primera menstruación, la cifra oscilará entre los trescientos mil y el medio millón. Durante el periodo fértil, mueren unos mil óvulos al mes y únicamente uno de ellos madura y se prepara para poder ser fecundado o expulsado del cuerpo sin que esta fecundación se haya producido.

Cuando Francisco miró a María aquella tarde en el baile, el óvulo con el hijo de ambos y con la muerte del hijo ya estaba allí, cósmico, tímido, enamorado. Había estado aguardando su momento desde que sólo era un alfiler lanzado al mar, a punto de desaparecer. El libro que Francisco habría de escribir años más tarde mientras miraba al niño jugar con la pelota del mundo y la muerte lo iba cercando, también estaba allí.

Un óvulo se cae casi siempre por aburrimiento, por haber sobrevivido a tantísimo prodigio femenino, a tanta cosmogonía, y se predispone definitivamente a lo terrenal, al contrabando del existir y a que un poeta miope le diga a su portadora cuatro tonterías al oído, justo cuando la banda toca esa canción, y las bragas blancas de ésta caigan

al suelo, dando comienzo, de nuevo, nuestra diminuta historia en este planeta.

Como versión animal que lleva ya un buen puñado de siglos aquí, pudiera decirse que nos hayamos habituado a la existencia de lo inaudito; sin embargo, un milagro millones de veces repetido no deja de ser un milagro. Damos por hecho que la luna aparezca por detrás de la colina, las ondas de radio o la epifanía de la lluvia. Casi nadie piensa realmente en el equilibrio místico que la abeja ha donado al mundo a lo largo de generaciones. Otro ejemplo, para que esto que estoy escribiendo haya podido realizarse, hay una cantidad inimaginable de pequeños acontecimientos, de estallidos ovulares desde la primera noche de los tiempos hasta esta de hoy. Es sencillamente inconcebible, desde nuestra limitada capacidad, asimilar esa red infinita de designios y azares, posiblemente podríamos volvernos locos si quisiéramos ir más allá del abuelo de nuestro abuelo, nuestra capacidad genealógica llega hasta donde llega, lo que hay detrás es una vastedad ingobernable. Por eso tendemos a lo inmediato o a lo abarcable, trazando la historia del tiempo en las proximidades del nuestro. Por eso no me voy más allá de la historia de Francisco y María para poder explicarme aquí, escribiendo esta noche.

Al principio de los años setenta, un padre está mirando a su hijo crecer sin saber que va a morir. La muerte del hijo lo sorprende escribiendo, pero la escritura no cesa, lo escribe todo. El resultado es un manuscrito insoportable al que le pesan la belleza y la desgracia de parte a parte. Cuarenta años después, yo leería ese libro y ya no podría

salir de él sino derribando una puerta con mi propia escritura, con mi propia edad y mi propio hijo, vivos los dos, tomando de la mano al padre y al hijo que ya no existen, continuando este rodar absurdo desde el lugar y hora que nos ha tocado, en un intento de no dejar pasar nada de la vida sin ser consciente de su cuota de amor y maravilla.

Una de las cosas buenas de un libro es que no es una casa. Me explico: la regla universal que dice que una casa no puede empezarse por el tejado, con un libro no ocurre, eso quería decir. Es más, pienso que un libro, a diferencia de la susodicha casa o de cualquier otro objeto sujeto a las normas de la manufactura, acaba escribiendo al escritor que lo pretendía escribir. Algo que lo convierte en una realidad un tanto peculiar. Lo que empieza como un orden natural de las cosas: escritor-idea-palabra-libro, puede y debe acabar con los elementos alterados y el libro tomando las riendas, dictando su dictadura para que el escritor lo termine con el punto final que los aniquile a ambos. De modo que esto que puede leerse al principio de este libro debería, en un orden racional de los acontecimientos, haber sido escrito tiempo atrás, precediendo a la palabrería que le da continuidad y no como antesala tramposa del escritor que intenta abrochar el final de un libro por el principio, aunque ésta no sea su voluntad, sino la del libro levantado en rebeldía y queriendo terminarse por el tejado, porque así está escrito.

Empecé esto por la sola experimentación de saber qué le ocurría a mi escritura si cada día me sentaba a terminar un texto sobre cualquier tema que me pareciera azaroso y, también, por observar qué le ocurría al mundo a mi

alrededor con mi escritura. Creo firmemente que escribir es la mayor y más intensa experiencia que puede y debe advertir quien se sienta con la intención de beberse a morro el blanco de una página y entregarle a cambio la torrencera interior del estilo. Eso es escribir, me parece, un trueque de blancura por estilo. Todo lo demás, la intención, el homenaje, el amor o la muerte que pasan, la melancolía o Dios, son las excusas o los resortes para ponerse a funcionar.

De todas las metáforas que se me han ocurrido para comparar la labor de la escritura con otra cualquiera, me gusta la del boxeador fajador, la del tipo que se enguanta sabiendo que su única posibilidad para ganar al otro consiste en tenerse en pie el mayor tiempo posible con el fin de que su oponente abandone por aburrimiento o porque se acabe enamorando. Ese y no otro es el momento en que uno vence por aburrimiento a la nada anterior a la creación y un texto, un poema y, al fin, un libro acaban existiendo.

Dice Woody Allen que el ochenta por ciento del éxito consiste en estar allí. Me ha costado algún tiempo descifrar qué quiere decir ese allí, incluso saber a qué se refería con eso de éxito, finalmente he resuelto íntimamente que estar allí no es un lugar, sino una silla, y el éxito es levantarse el último de esa silla, aguantar hasta que la música acontezca.

El libro acaba apareciendo si no te levantas, si no te caes de la silla o el ring. Hay un ejercicio de arqueología interior, un trabajo que consiste en ir apartando con las manos y las brochas lo que hay encima del libro que descansa debajo. Lo paradójico es que este ejercicio de limpieza se lleva a cabo volcando grafismos e ideas encima

de algo que aún no existe, pero está ahí, para limpiar y que aparezca hay que ensuciar la nada con nuestro empeño. Crear es buscar en la nada, limpiar ensuciando. La magia no tiene detrás ángeles, sino músculos; hay más empeño que taumaturgia.

Fui cayendo en la cuenta de que el libro, más allá de la naturaleza de baúl impredecible que yo le había otorgado, iba y venía constantemente de mí al niño, a los niños y que, además, se estaba levantando a la par que mi hijo mayor aprendía a leer y a escribir. El libro era una analogía, un espejo en el que poder meter la mano y tocar la cabeza de un colegial, el pelo de un párvulo, sus mañanas de escuela, los andamiajes de sus primeras sílabas oscureciéndole el flequillo. El niño yéndose a diario para devolverme otro niño que ya podía leer los colores o dictar la mano que me daba al cruzar la carretera.

La alegría o el amor casi siempre tienen que ver con la sencillez y esta es una historia sencilla, no sé si ni siquiera se trata de una historia al uso, me decantaría por afirmar que no lo es, porque no he querido componer una historia ni un cuento, básicamente porque soy un mal lector de relatos y, por ende, un mal narrador, pero me gusta llamarlo historia o camino invisible donde sólo se ven los pies o pasaje de espejos en el que mirarse para ver otro rostro. Me gusta llamarlo nada o corazón diminutivo o gramática del solo o gato que habla o flor vocal o tristeza consonante o luz de lápices o niño que merienda o padre que lo mira o invento o amor o infinito.